

na otra cantidad, siempre que lo hiciese en el transcurso de los seis primeros meses. Con este desembolso, mi capital quedó reducido a doscientas treinta libras, equivalentes a cinco mil setecientos cincuenta francos.

Si me resolvía a vivir en aquella casa y mantenerme retirada del mundo, tenía delante de mi tres años de sosiego.

Dos horas después quedaba instalada en la quinta.

La mujer con quien había concluido el arriendo se avino a quedarse a mi servicio, a razón de una libra mensual, además de casa y comida.

Mi primer cuidado fué encargar la confección de uno o dos vestidos más en armonía con la nueva vida que me proponía llevar. Los mandé hacer de seda negra; y a todas las preguntas que me dirigían, respondía que me llamaba mistress Hearte, que era viuda, y que venía a pasar en la soledad los primeros meses de mi dolor y de mi viudez.

Era demasiado joven para viuda. De mi relato, la gente creyó lo que quiso; pero, alejada de toda relación social, no me importaba gran cosa el crédito que pudiesen dar a mis palabras.

Los ocho primeros días de este retraimiento los pasé sintiendo ese mal-estar físico y moral que sucede a los grandes trastornos de la vida; poco a poco, la tranquilidad reapareció, a lo menos en mi espíritu, y pude apreciar mi situación.

En resumen, había perdido a un hombre que me era amado; pero, ¿merecía ese hombre mi amor? ¿era digno del recuerdo que le conservaba? ¿había observado conmigo una conducta leal, un proceder de caballero?...

Me veía precisada a reconocer que no. ¡Qué diferencia entre el proceder de sir Juan Payne y el de sir Harry Featherston!

Desde el momento en que llegué a conocer el fondo moral de sir Harry, consideraba que iba a consolarme bien fácilmente de su pérdida. Era, a la verdad, un guapo y elegante joven; pero entre los amigos de sir Juan y los suyos había cinco o seis jóvenes que lo

eran tanto como él; y, sin el misterioso incidente del jardín de miss Arabella, es muy probable que sir Harry habría pasado junto a mí como uno de tantos, sin haber puesto yo mi atención en su persona.

En cuanto a la situación en que me encontraba, era sin duda mejor que cuando llegué a Londres por primera vez. Si quería vivir en el aislamiento, podía hacerlo sin ningún sobresalto; si quería reaparecer en Londres con el mismo resplandor que meses antes había salido del proceloso mar de su ciudad, podía también sostenerme uno o dos meses en una vida de lujo para volver a figurar en el mundo social rodeada de las mismas condiciones.

Me miré en el espejo: estaba más joven, más hermosa, más lozana que nunca.

Permanecí dos meses en Nutley, casi sin franquear el umbral del jardín. En estos dos meses, todas las ambiciones de mi juventud se habían despertado en mí. La herida de mi corazón se había cicatrizado rápida y fácilmente.

El abandono de sir Harry, no podía lastimar en lo más mínimo mi amor propio de mujer hermosa y solicitada, porque nuestra separación tenía por causa, no un enfriamiento de su amor, sino la presión ejercida por acontecimientos más poderosos que su voluntad. En esta clase de rupturas, la vanidad femenil no se resiente, no sufre menoscabo; y la mujer que puede decir: «Estoy separada de mi amante, pero tengo la certidumbre de su amor inextinguible», puede consolarse con mayor facilidad que la que dice: «Estoy separada de mi amante, porque su amor se extinguió».

Ello fué que en el curso del segundo mes de mi retiro, sintiéndome otra vez arrastrada hacia el torbellino, resolví regresar a Londres y probar de nuevo fortuna. Me había sido tan propicia, tan fiel hasta entonces, que, fundadamente podía abrigar la esperanza de que no me abandonaría al reanudar el camino.

Por otra parte, a medida que la reflexión y los recuerdos acudían a mi

mente, me acordé de un recurso que acaso conservaba aún. Había dejado tan precipitadamente mi casa de Piccadilly, en mi afán de seguir a sir Harry, que no me había acordado del regalo que sir Juan me hizo del rico mobiliario contenido en aquella morada.

Sentí un vivo deseo de ver nuevamente el hotelito de Piccadilly, testigo de mis primeros tiempos de orgullo y de felicidad; porque, para mí (y eso es lo que me ha perdido), la dicha consiste en la satisfacción del orgullo, aun más que en la del amor. Recordaba vagamente haber oído decir al administrador de sir Juan que el alquiler de la casa estaba pagado por un año anticipado y que todo lo que en ella había era de mi propiedad. Pero ningún documento daba fuerza a esta donación, y si mi memoria me era infiel, si el recibo no estaba extendido a mi nombre, si el administrador era un hombre desleal, todos mis risueños cálculos se desvanecían.

No pudiendo continuar viviendo en la duda, resolví partir y saber la verdad, sea la que fuere.

Diariamente pasaba por Nutley una diligencia que prestaba servicio de Lewes a Londres y vice-versa.

Sin decirle a mi camarera si volvería o no, le entregué las llaves, y salí para Londres, donde llegué a la mañana del siguiente día.

Tomé un coche de alquiler y di al cochero la dirección de Piccadilly.

Cuando el vehículo se paró frente a la puerta de aquella casa en que iba a decidirse un asunto tan importante para mí, las fuerzas me faltaban y no me resolvía a llamar. En esto, y como resolviendo mi perplejidad, la puerta se abrió para dar paso a una mujer, cuya presencia arrancó un grito de mi pecho.

Era Amanda Strong, que, al observar la mía, se arrojó en mis brazos.

Detrás de ella, sombrero en mano, estaba el conserje de la casa, quien, apenas me reconoció, se apresuró a abrir de par en par la puerta, a fin de dar entrada al coche que me conducía.

El coche entró y se detuvo al pie de

la escalera, cuya portezuela vino a abrir el conserje.

—La señora—me dijo,—ha prolongado su ausencia una larga temporada; pero todo continúa en su sitio lo mismo que el día de su partida.

Y esto diciendo, me entregó la llave del primer piso, que era el que yo habitaba.

Efectivamente: todo estaba tal como yo lo había dejado, nada había cambiado, y quedaba demostrado que todos los objetos existentes en la casa eran de mi indiscutible pertenencia.

XX

Entré en aquella bienhechora estancia con un profundo sentimiento de alegría. Preñados los ojos de lágrimas de gratitud hacia sir Juan, me instalé en mi querido gabinete azul, aquel gabinete de mis ensueños, y volvía a ver el grande espejo encuadrado en dorado marco, que un día fué objeto de una profecía anunciada por Ricardo.

La pobre Amanda no prosperaba. Había yo sido en toda ocasión su providencia; cinco o seis veces, en mi ausencia, había venido a saber noticias mías, y otras tantas se le dijo que ignoraban mi paradero. En una de ellas fué cuando nos encontramos frente a la puerta, al descender yo del coche que me condujo a Piccadilly.

Este encuentro, en la soledad que me rodeaba, se me antojó providencial, y propuse a mi amiga quedarse conmigo, proposición que aceptó, sin querer saber de antemano el puesto que debía ocupar en la casa.

Había dos partidos a elegir, con respecto a mi ulterior línea de conducta.

El mobiliario del hotel de Piccadilly era mío, puesto que sir Juan me lo había regalado. Vendiéndolo, acaso obtendría dos mil libras, o algo más. Po-

día, pues, realizar unos sesenta mil francos.

Si me conformaba a renunciar al mundo; al lujo, a la vida galante; si volvía a mi casita de Nutley, no tenía por qué preocuparme del porvenir; mi vida quedaba asegurada.

Si, al contrario, quería proseguir por el camino en el que ya estaba iniciada, vida de aventuras, de caprichos y altibajos, érame forzoso conservar los muebles y la casa, y echarme a correr nuevos amoríos.

Mi carácter ¡ay! me empujaba hacia este último partido, y Amanda, que era para mí lo que seis mil años antes, la serpiente había sido para Eva, me instigó a tomar esta resolución, que fué la que, por fin, prevaleció.

Dios, que es el representante de la misericordia, y no el de la venganza, no exige que yo narre en sus pormenores el año que se siguió, en el que cumplí la edad de diez y nueve.

Todas las fases de la aciaga existencia de la mujer que vive de su belleza, fueron recorridas por mí, y experimentados todos los pesares y devoradas todas las afrentas. Si no las explico aquí, no es por haberlas olvidado: es que la fuerza me abandona y no puedo volver a pasar, ni siquiera en alas del recuerdo, por la misma senda. Diré simplemente que al cumplirse un año de mi vuelta a la casa de Piccadilly, salía de ella, después de haberme desprendido de muebles y joyas, pobre y abandonada, y no poseyendo de los restos de mi antiguo esplendor, nada más que el vestido de seda que llevaba encima.

¿Cómo había caído en miseria tan honda, que la propia Amanda, causa de mi perdición, me había abandonado? Preguntado a la fatalidad, que ella sola podría decirlo; la fatalidad, que se complacía en hacerme rodar por la escalera humana abajo, y subir nuevamente sus peldaños, hasta lo más enhiesto de ella.

Todos los detalles de aquel terrible día están grabados en mi memoria. Fué el viernes 26 de octubre de 1782, a las once de la mañana, con un tiempo frío y brumoso: aquel día salí de la casita de Picadilly.

Me había desayunado con un pedazo de pan y un vaso de agua, y no estaba muy segura de tener, a la hora de la comida, otro pedazo de pan.

Salí sin rumbo fijo. Caminaba a ciegas, tropezando con los transeúntes. Pronto me encontré en la calle Oxford. El azar me había guiado.

Entonces reconocí el lugar. Estaba casi delante del hotel de miss Arabela; me paré un instante. En ese breve espacio de tiempo, un coche salió del patio y avanzó hasta el pie de la gradaría; una mujer, completamente envuelta en un valioso manto de seda guarnecido de encajes, subió en él, seguida de un elegante caballero; el coche arrancó, y pasó salpicándome de lodo. Aquella mujer era miss Arabela; respecto a su acompañante, que probablemente era un nuevo adorador, no le conocía.

El vehículo desapareció por la calle High.

¿Por qué aquella mujer, que tal vez no tenía una cuna mejor que la mía, que no me aventajaba en belleza, continuaba rica y dichosa, al paso que yo, que también había sido tan feliz y tan rica como ella, la contemplaba, pobre y miserable, eclipsada por el boato que ostentaba?

Eso me pareció una inexplicable crueldad de la suerte.

Largo rato, quizás media hora, permanecí inmóvil en aquel sitio; y habría permanecido en la misma posición más tiempo todavía, a no ser porque la gente empezó a formar corro en torno mío, lo cual hizo que un agente de policía me preguntase qué hacía allí, semejante a una estatua, muda y los pies metidos en el barro.

Le respondí que, habiendo visto salir en coche a una señora de mi conocimiento, esperaba su regreso para hablar con ella.

—Siga usted su camino—me dijo bruscamente el policía;—ésta no es hora de poder pasarse en las aceras las mujeres de su condición.

Estas palabras penetraron en mi corazón como un hierro candente. Di un salto, y me alejé.

A poco de caminar, me encontré

frente a la joyería del señor Plowden. Durante el mes que estuve empleada en casa de dicho señor, la vida no había sido para mí ni feliz ni brillante; pero, a lo menos, era tranquila.

Me detuve a mirar el interior de la tienda; pero, recordando la insultante observación que acababa de dirigirme el agente de policía, reanudé la marcha.

Subí por el Strand hasta la calle de King's-William, y de ésta llegué a Leicester square; y, ¡rara coincidencia! mis ojos tropezaron con la casa del señor Hawarden, que tan paternalmente me acogió el día de mi llegada a Londres.

Empezó a llover, cada vez con más violencia; pero me encontraba en tal estado de insensibilidad, que no me daba cuenta de que estaba calada hasta los huesos. La casa del señor Hawarden conservaba siempre su típico aspecto de honrada austeridad. Me senté en las gradas de una especie de teatro ambulante, levantado en medio de la plaza.

Tenía enfrente la puerta de la casa del señor Hawarden. Permanecí allí más de dos horas, aguantando la lluvia, sintiendo las primeras mortificaciones del hambre, pero demasiado altiva para ir a pedir un pedazo de pan a la hospitalaria casa.

En la situación extrema a que había llegado, acaso hubiese podido contar con dos recursos; pero me era imposible emplearlos.

Sheridan, no podía prestarme ninguna utilidad, por haberse incendiado el teatro de Drury-Lane, cuyo director era, y entre cuyo personal escénico me habría sido posible figurar.

Con respeto a Rowmney, ignoraba su dirección.

Necesitaba un socorro pronto y eficaz; tenía hambre, y no sabía dónde comer. Llegaría la noche, y tampoco sabría bajo qué techo abrigarme.

Levanté los ojos al Cielo, probando a deponer su cólera por medio de una mirada suplicante.

En aquel momento pasaba un coche a pocos pasos de mí. Se paró, abrióse la portezuela; una mujer de cuarenta a cuarenta y cinco años, abrigada con

rico cachemir de la India, descendió y vino en dirección al sitio en que yo me hallaba, soportando la lluvia que caía.

Había en las maneras de esa mujer una mezcla de cinismo y de vulgaridad que contrastaba con su porte elegante.

No pudiendo suponer que fuese yo el objeto de sus pasos, incliné la cabeza, apoyando mi frente entre ambas manos.

Llegó a mi lado, y me tocó el hombro.

Levanté la cabeza. La mujer estaba en pie delante de mí. Me clavó una desvergonzada mirada, y dijo en alta voz:

—¡A fe mía, es hermosa, muy hermosa!

Yo la miré con asombro.

¿Qué me quería aquella mujer?

—¿Por qué está usted así expuesta a la lluvia?—me preguntó.

—Porque no sé dónde ir—le respondí.

—Cuándo se tiene una cara como la suya, nunca hay obstáculo en dar con un albergue.

—Sin embargo, ya ve usted lo que me ocurre.

—¿Por qué está usted pálida?

—Porque tengo frío y hambre.

—¿Está usted enferma?

—No; pero lo estaré si paso la noche en la calle.

—¿Quién la obliga a pasar la noche en la calle?

—¿No le he dicho que no sé dónde ir?

—Venga a mi casa.

La miré de nuevo.

—¿Quién es usted?—pregunté.

—Soy una mujer que le ofrece lo que usted no tiene: alimento, habitación, vestidos, dinero.

—¿Y a qué precio?

—Ya lo sabrá; por lo pronto, despachemos, pues, conversando con usted, estoy echando a perder, además de mi tiempo, el chal y el sombrero.

Yo titubeé.

—Entonces, buenas tardes, hermosa joven.

Y dió un paso hacia su coche.

—¡ Señora ! ¡ señora !—grité.

—¿ Se decide usted ?

—Si sus proyectos no me convienen, ¿ quedaría en libertad de dejarla a usted ?

—Completamente, reembolsándome, en todo caso, los anticipos que hubiese tenido que hacerle.

—Voy con usted, señora.

Me levanté; mi ropa chorreaba.

—Colóquese en el asiento delantero y encójase todo lo que pueda... ¡ Está usted en un deplorable estado!... A propósito, ¿ no tiene usted nada pendiente con la policía ?

—¿ Yo ?

—Sí, usted.

—¿ Qué cosas puedo yo tener que arreglar con la policía ? He salido de mi casa esta misma mañana.

—¡ Ah ! ¿ estaba usted en su casa ?

—Sí.

—¿ Y dónde la tenía ?

—En Piccadilly.

—Pero Piccadilly no es uno de nuestros barrios.

—¿ Uno de nuestros barrios ? No la entiendo.

Me miró e hizo una mueca.

—Todo eso respira un aire de honradez que encaja muy bien—murmuró.

—Señora—le dije, casi asustada de la vulgaridad de su lenguaje,—si se arrepiente usted del ofrecimiento que acaba de hacerme, estoy dispuesta a bajar del coche.

—No, quédese usted.

Y cerrando la portezuela, dijo al cochero :

—¡ A casa !

Diez minutos después, el coche se detuvo frente a la puerta de una casa de Haymarket, cuyas ventanas todas estaban cerradas.

Yo tenía frío pero, al entrar en aquella casa, oyendo cerrarse la puerta detrás de mí, lo tuve aún más penetrante.

Me parecía que entraba en una tumba.

¡ Era una tumba, en efecto, tumba del pudor y de la virtud, de donde no se sale jamás sin conservar vestigios de la muerte moral, mucho más terribles que los de la muerte material !

XXI

Mis necesidades más urgentes, sin excluir la de comer, eran un cambio de ropa y un baño.

La señora Love (éste era un apodo, y no su nombre) comprendió muy bien esta doble necesidad; porque, apenas hubo llegado, dió orden de preparar un baño y de llevar ropa interior y un peinador a la habitación que me destinaba.

Al penetrar en ese cuarto, me desplomé sobre un sillón, insensible, helada, casi no dándome cuenta de lo que pasaba alrededor mío

La señora Love estaba presente a todas las operaciones; no apartaba de mí su mirada.

Cuando el baño estuvo dispuesto, quiso hacer personalmente las veces de camarera, cuyas funciones desempeñó con cierta acritud de maneras, que no me explicaba cabalmente, aunque, por lo demás, en mi estado de atonía, no me importaba gran cosa. Mi vestido no era del gusto de la señora Love la cual cogió unas tijeras, y cortó la blusa y los tirantes del corsé.

En un santiamén me vi desnuda. A pesar de encontrarme delante de una mujer, tuve un súbito sentimiento de vergüenza, que se manifestó en el carmín que coloreó mis mejillas.

Me refugié en la bañera, cuya transparente agua me prestaba un velo harito insuficiente.

Al contacto del agua, límpida y templada, corrió por todo mi cuerpo una sensación de bienestar; mi pecho se dilató, mi respiración fué más rítmica y más fácil.

—¡ Ah, señora—le dije,—cuán agradecida le quedo !

—Bien—replicó;—esté usted tranquila; será debidamente cuidada.

Hizo vibrar un timbre, y, en voz baja, pidió un caldo. Luego, muy bajo, dió una orden que no entendí.

Había en aquella casa singular mezcla de lujo y de vulgaridad. Una joven, demasiado elegante como sirvienta, no lo bastante para señora, me trajo un excelente caldo en una taza de loza común.

Mis labios la tocaron con repugnancia; en los últimos tiempos había contraído hábitos de lujo, y no sabía comer ni beber sino en porcelanas y cristales.

Cuando hube tomado el caldo, la señora Love se situó a la cabecera de la bañera, cogió un peine y arregló mis cabellos con una habilidad propia de un peluquero de oficio.

En esto, entró la camarera y deslizó algunas palabras al oído de la señora Love, que pareció muy satisfecha de lo que le decían.

—Ahora, mi querida hija, conviene que salga usted del baño; una estancia demasiado prolongada en el agua tibia, es perjudicial a la salud y a la belleza. Salga usted de la bañera, y yo misma la enjugaré.

Yo había adquirido la costumbre de servirme de una camarera; así que, obedecí sin esfuerzo a la señora Love. El aposento, bien cerrado y alfombrado, mantenía una temperatura suave y agradable.

La señora Love se acercó a mí con un peinador en la mano; pero, de repente, dirigiéndose a la camarera :

—¡ Esto es muy ordinario ! ¿ Toma usted a esta señorita por una moza de mesón ? Llévase usted este harapo, y traiga camisas y un peinador de batista.

La camarera salió; asombrada, miré cómo se alejaba, procurando, como una estatua antigua, velarme con ambas manos. La señora Love se echó a reír.

—¡ Ah !—dijo,—¿ por ventura sale usted del colegio ? En ese caso, debía usted haberlo advertido, y me habría calzado los guantes antes de tocarla. Vamos a ver, manténgase usted derecha y levante los brazos, para que la sangre circule.

—Pero, señora...

—¿ Siente usted frío ?

—No.

—Pues, entonces, deje usted que la contemple cómodamente. Me ratifico en mi primera opinión : es usted muy bella.

Estos elogios empezaban a alarmarme, aunque no había realmente ningún motivo de sobresalto.

—Ruego a usted, señora, se sirva permitir que yo misma me vista.

—Aquí tiene usted su ropa blanca; puede usted vestirse. Déjeme usted solamente que le diga una cosa : la fortuna está en sus manos, y, si usted no es tonta, no se le escapará. ¿ Lo oye usted ?

—Sí, señora, he oído; pero confieso que no la entiendo muy bien.

—¡ Bueno, bueno ! ¡ miss Clarice ! se le enviará a usted alguna persona que se explicará con más claridad. Vístase usted a su gusto, y si algo necesita, toque el timbre. Hasta luego, hermosa niña; no se haga usted la moigata, y todo marchará a pedir de boca.

Y la señora Love salió, seguida de la camarera, que había depositado la muda de ropa encima de un sillón.

Quedé sola, permanecí un instante pensativa e inmóvil.

Al fin, empecé a vestirme pausadamente. Al contacto de aquellas finísimas telas, y recordando, mejor dicho, vibrando todavía en mis oídos las palabras de la señora Love, que me auguraba una fortuna si sabía explotar mis encantos, extendí los brazos, y murmuré :

—¡ Venga esa fortuna ! Estoy pronta a recibirla.

Inmediatamente después que me hube vestido, vi que se abría la puerta y que traían una mesa con un servicio de dos cubiertos.

El segundo cubierto anunciaba que seríamos dos comensales. La Fortuna, al volver a mí, lo hacía por los misteriosos derroteros de costumbre; pero, me parecía que, esta vez, se portaba muy pródigamente con la pobre Emma.

Colocaron la mesa delante de la chimenea, y la puerta volvió a abrirse,

dando paso á un hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años.

Estaba elegantemente vestido, aunque su elegancia consistía más en el porte de su persona que en la riqueza de su traje, que era de terciopelo granate guarnecido de negro, chaleco bordado de seda blanca y medias de seda negra.

Una corbata blanca; camisa con pechera de encaje inglés, zapatos con hebillas de brillantes, un sombrero tricorno galoneado de seda negra, completaban la indumentaria del desconocido, que, con sus lentes de oro, tenía un cierto aire de magistrado o bien de hombre de ciencia.

Al verle, me levanté, confusa y enojada a la vez; pero, comprendiendo en el acto que la casa y la situación en que me encontraba, no me autorizaban a ser rebelde, me hundi de nuevo en el sillón, temblando y resignada.

El desconocido viéndome palidecer y enrojecer alternativamente, comprendió mi turbación, y, acercándose a mí, me dijo con extrema delicadeza:

—Perdón, señorita, si me presento ante usted sin haberme hecho anunciar; pero me urge saber si es usted tan buena como hermosa.

Balbuocé algunas palabras ininteligibles. Por mucho que hubiese descendido en mis días de miseria, nunca había llegado a ser, sin preparativos y sin transición, propiedad del primer intruso. Contra mi voluntad, las lágrimas se me agolparon a los ojos.

—¡Oh!—exclamé.—¡La miserable!

El desconocido me miró con algún asombro, y como para asegurarse de que era sincero el llanto que yo vertía.

—Señorita—añadió,—mi costumbre de estudiar fisonomías me permite ver desde luego que estoy en presencia de una persona distinguida, a quien un montón de circunstancias desgraciadas, que yo no tengo el derecho de indagar, han colocado en una posición equivocada. Me apresuro, pues, a tranquilizarla. No vengo a hablarle de amor, por más que su belleza hace creer que, con usted, no es posible otra conversación.

—¡Oh, señor!—exclamé,—la belleza es muchas veces una gran desgracia. El desconocido sonrió.

—Una desgracia—objetó,—de la que toda mujer se consuela fácilmente. La belleza, señorita, es la Divinidad manifestándose en la tierra; permita usted, pues, a un apóstol del gran culto universal, depositar a sus pies el testimonio de su pleitesía.

El tono enfático con que había pronunciado las últimas palabras, me hizo sonreír bien a pesar mío.

—Perdón, señor—le dije,—pero me parece que acaba usted de prometerme que sus labios no pronunciarían una palabra de amor.

—¿Y en qué he faltado a mi palabra, señorita? Un cumplido no es una declaración.

Cada vez comprendía menos.

—Pero, según referencias, entiendo que debe usted de tener necesidad de comer alguna cosa. Póngase usted a la mesa y coma; me sentaré cerca de usted para hacerle compañía y, muy singularmente, por tener el honor de servirle.

No había medio de rehusar, máxime cuando me estaba muriendo de hambre, una invitación hecha en tales términos.

Acerqué mi sillón a la mesa; el desconocido, que aun no se había sentado, acercó una silla y se situó frente a mí, poniendo entre los dos todo el ancho del velador.

—Señorita—díjome, ensartando un pollo en fiambre con la punta de su tenedor y empezando a trincharlo con admirable destreza,—un poeta latino, llamado Horacio, dijo: «Los asuntos que más fácilmente llegan a feliz término, son aquellos que se han tratado en la mesa; porque el vino es al pensamiento lo que el agua a las plantas: las hace germinar y florecer». Así que, coma usted y, sobre todo, beba, a fin de establecer un justo equilibrio en su mentalidad. Después, hablaremos del negocio que aquí me trae, y que puede ser una mina de oro para usted y para mí.

Y simultáneamente, ponía en mi plato un ala de pollo, y llenaba hasta la mitad mi vaso de un excelente Burdeos.

XXII

La imperiosa voluntad de las necesidades materiales es una de las cosas más humillantes para nuestra mísera especie humana, en lo que ella denota la fragilidad y las dolencias.

He hablado ya del cambio que en mí había operado aquel cálido baño, aquella suave atmósfera; una cena delicada, ofrecida por mi desconocido con todos los miramientos que habría podido dispensar a una duquesa, acabó por comunicarme todo el bienestar y toda la serenidad compatibles con mi precaria situación.

Restábame solamente conocer lo más importante, esto es, la índole del negocio que tenía que proponerme; pero la cena terminó sin haberme dicho una sola palabra.

El incógnito personaje se había mostrado conmigo muy respetuoso y muy cortés. Su conversación era de hombre culto y distinguido, aunque lo caracterizaba ese ligero barniz de pedantería que es común a los médicos, a los abogados, a los hombres de ciencia en general.

Terminada la cena, mi anfitrión cogió, previo permiso mío, una de mis manos entre las suyas, y me pulsó.

—Ahora, señorita, que me parece descubrir un perfecto equilibrio en sus humores; que el pulso late normalmente, a razón de sesenta y ocho pulsaciones por minuto; que su estómago, a favor de una digestión fácil y regular, difunde vital calor por todo el cuerpo; ahora, en fin, que su cerebro se encuentra en las mejores condiciones para tomar una resolución importante, voy a decirle quién soy y el objeto que me guía.

Abri los ojos y agucé el oído.

—Soy el doctor Graham—dijo,— amigo de Mésmer y de Cagliostro, el que ha demostrado la ciencia *megalanthropogenesiaca*. Mi reputación es grande en Londres, y mis éxitos indiscutibles me colocan sobre el carril que conduce a la fortuna.

—¡Ah, doctor!—repuse sonriendo,— estoy ufana con trabar conocimiento con un hombre tan notable como usted. Uno de mis amigos, cuyo nombre no puedo decirle, pero que también lo era de usted, me prometió varias veces llevarme a presenciar una de las sesiones que usted ofrece en Old-Bailay. ¿No es allí donde tiene usted establecido su curso?

—Sí, señorita, y veo que no me había equivocado al juzgarla, desde un principio, como mujer tan inteligente como hermosa. ¿Tendré ahora necesidad de decir cuál es el trabajo científico que cultivo?

—Sírvese usted explicármelo, doctor, por más que ya sé que ese trabajo científico es una demostración, sobre una figura de cera de tamaño natural, de los más reconditos secretos de la naturaleza, desde la circulación de la sangre, hasta los más profundos todavía de la generación humana. Esa figura, que usted ha bautizado bajo el nombre de la diosa Higinia, aparece tendida sobre una cama que usted llama el lecho de Apolo. ¿No es eso, doctor?

—Ciertamente, señorita. Pues bien, si mis demostraciones atraen al público, hechas en una simple figura de cera, ¡juzgue usted cuál no sería el éxito, si las mismas demostraciones se realizasen tomando por estudio un ser de carne y hueso, dotado de una belleza tan perfecta como la suya, señorita!

—Pero, doctor,—observé,—usted, para quien la naturaleza no guarda secretos, no debe ignorar que la belleza de la cara no supone la belleza del cuerpo, y que son contados los modelos que pueden servir para el conjunto. Cleómenes, según he oído decir a personas más instruidas que yo, vióse precisado a tomar en cincuenta jóvenes griegas los múltiples rasgos de be-

lleza que, combinados entre sí, determinaron la belleza una y soberana de su Venus de Médicis.

—He aquí precisamente lo que hasta ahora me había detenido. Yo buscaba ese modelo, que acabo de encontrar en usted, cuando ya desesperaba de conseguirlo.

—¿En mí, doctor, se encarna el modelo que usted busca? Permítame que le diga que de mi persona no conoce usted sino mi cara, y que puedo estar a cien leguas de la perfección que usted desea.

—Está usted equivocada, señorita, —replicó el doctor tranquilamente;— por lo mismo que sé que en usted se reúnen todas las bellezas, es por lo que le propongo una asociación que nos conduzca a la fortuna.

—¿Cómo! ¿Usted lo sabe?—pregunté con creciente admiración.—¿Y quién se lo ha dicho?...

—Nadie me lo ha dicho, señorita; lo he visto.

—¿Usted ha visto? Pero, ¿cómo y cuándo?

—La señora Love, que hace mucho tiempo se dedica a descubrir por cuenta mía la belleza perfecta, me mandó un aviso de la llegada de usted a esta casa. He venido; y desde la pieza contigua he podido mirarla por un resquicio, cuando usted ha salido del baño. Ninguna de sus perfecciones ha pasado inadvertida a mi observación. En cuanto a los defectos, los he buscado inútilmente: no he podido reconocer ni uno tan solo.

Lancé un grito de espanto.

—¿Sabe usted que eso que ha hecho es odioso?

—Señorita—me contestó sin dar señales de inmutarse,—si yo hubiese tenido el honor de conocerla dos horas antes como la conozco ahora, no habría recurrido a semejante sorpresa; pero, desde el momento de encontrarse usted en casa de la señora Love, y sabiendo en qué circunstancias la ha recogido en *Leicester square*, no podía yo suponer que iba a encontrar un diamante allí donde solo creía tropezar con un tosco guijarro del Rhin.

—¡Oh, doctor, doctor!—exclamé, ocultando la cara entre las manos.

El doctor esperó que las desplegara, y, tomándolas entre las suyas, me habló en los siguientes términos:

—Escúcheme usted; el azar le ofrece ahora una ocasión como no se le presentará otra igual. Puede usted elegir entre la miseria y la vergüenza eterna, o la fortuna rápida y segura, que no tendrá otros límites que los de su voluntad. Usted es joven, hermosa y distinguida. Antes de un año, de permanecer en esta casa infame, su juventud se habrá marchitado, su belleza desvanecido, y malogrado su distinción. En vez de una hora concedida a la admiración pública por una suma que, a los tres meses, le asegura la independencia de su vida, usted se encadena aquí a vil precio todas las horas del día y de la noche, pertenece al primer beodo que llegue, es el juguete de cualquier marinero que disponga de una guinea, la compañera de seres abyectos, la esclava de una miserable tercera. En casa del doctor Graham, es usted una diosa; en la de la señora Love, es la hetera Hearte. Aquí, nada le pertenece, ni siquiera la camisa que lleva. Allí, desde el primer momento, reconstruirá usted su pretérita grandeza, de la que sólo debe conservar esta sortija que lleva en el dedo. Se espanta usted ante la idea de presentarse desnuda a las miradas de los espectadores. Me lo explicaría, si no fuese usted hermosa en tal grado. «El pudor, dice filosóficamente uno de mis amigos, no es más que el sentimiento de una imperfección.» Repare usted en la bailarina de la escena teatral, ¿no aparece tan desnuda como usted lo estará bajo el cendal, detrás de la balastrada que impedirá que el público se le acerque? Créame usted: existe en la suprema belleza, una majestad suprema, y la admiración, que despierta el entusiasmo, excluye el deseo. Júzguelo usted por mí mismo. La he visto saliendo del baño, ¿no es verdad? Estaba usted en una casa donde al deseo sigue la posesión. ¿Qué he hecho después que la he visto? ¿La he requerido de amo-

res? ¿Le he expuesto un deseo carnal? No: he venido a decirle simplemente y doblando la rodilla ante usted: «Reina de la belleza, ¿quiere usted que yo le erija un hotel para su regalo y comodidad? Usted habla de las doncellas de Atenas y de Esparta, simples mortales que contribuían con sendos contingentes a la belleza inmortal. ¿Acaso vacilaban en mostrarse desnudas al gran artista que las glorificaba en el presente y las ilustraba en la posteridad? No; alegres y orgullosas, descubrían sus más ocultas bellezas, procurando hacer resaltar la perfección de sus encantos. Cuando la cortesana Mnesarete fué condenada en Atenas, acusada del crimen de impiedad, ¿qué hizo su defensor Hipérides? Arrancó de su cuerpo la túnica con que se cubría, y así, desnuda, la obligó a comparecer ante sus jueces, en toda su arrebatadora belleza. Y el Areópago, no solamente la declaró inocente, sino también, subyugado por los hechizos sobrehumanos de la cortesana, se arrojó a sus plantas. Pues bien, también usted se encuentra en un caso similar: o será condenada a eterno oprobio, o proclamada reina. Hay más pudor en despojarse de la túnica una vez al día a presencia de doscientas personas, que desnudarse diez veces cada veinticuatro horas para recreo del primero que llega. Ahora, méditelo usted. Estoy tan seguro de la rectitud de su criterio, que en él confío; tanta fe tengo en sus delicados escrúpulos, que no reparo en dejarle desde ahora el precio de quince sesiones, a razón de veinticinco libras esterlinas cada una, o sea un total de trescientas setenta y cinco guineas. Si rechaza usted mis proposiciones, me devolverá esta cantidad, y con esto me dará por notificado; si, hasta pasado mañana, no recibo ninguna noticia suya, vendré a buscarla en mi coche. Calcule usted lo que representan veinticinco guineas al día durante un año, durante seis meses, tres solamente: dos mil doscientas cincuenta libras esterlinas, casi una fortuna; y considere que por ella, sólo le pido una hora diaria, en la que no tendrá usted necesidad de hacer el más leve

movimiento ni pronunciar una palabra; durante la cual, podrá cerrar los ojos, aparecer como dormida, o dormir realmente bajo el influjo magnético, cubierta la faz con un espeso velo, para que nadie pueda decir, al reconocerla, en el día de mañana: «Esta es la magnífica estatua que he visto en Old-Bailay». Y ahora, me retiro, después de besar su hermosa mano.

Y, dejando encima del velador cuatro rollos, tres de cien guineas cada uno, y uno de setenta y cinco, el doctor Graham, besándome respetuosamente la mano, saludóme y se fué.

Quedéme muda, inmóvil, siguiéndole con la vista hasta que desapareció tras la puerta. Al copioso verbo del doctor, no había yo encontrado una sola palabra que oponerle; únicamente hablaba la voz de mi conciencia, en cuyas invisibles regiones se libraba rudo combate. La hospitalidad que había recibido y que hasta cierto punto justificaba la miseria, era nauseabunda, fétida, y si duraba tres días no más, caería sobre mí un borrón que duraría lo que mi vida. En casa del doctor, en cambio, la desnudez de la estatua sería cubierta con el velo de la fortuna; yo representaba el papel de Dánae, pero con la lluvia de oro, que, en este mundo, lo lava todo, cuando cae. De un lado, la infamia; del otro, sólo la impudencia.

Extendí el brazo; cogí los cuatro paquetes; derramé las monedas sobre mi regazo; hundí las manos en ellas, las hice saltar en cascadas sonoras, pensando que sólo dependía de mí el poseer diez veces, veinte, cien veces otras tantas y que, en último caso, permaneciendo con la cara tapada, nadie podría hacerme enrojecer, mirándome de frente. En fin, me repetí todo lo que el orgullo y la necesidad reclaman para inflamar el corazón afligido y vacilante de una pobre criatura a la que ha dado instintos la naturaleza, contra la cual la sociedad ha establecido leyes, y que, joven, bella, inteligente, no cuenta con más recurso que el de la prostitución para sacudir la indigencia y satisfacer el hambre.

El resultado de todas estas reflexio-

nes, fué que no devolví las trescientas setenta y cinco libras esterlinas al doctor Graham, y que, al subsiguiente día, a eso de las once de la mañana, vino abusarme en su coche.

La misma noche, tapada la cara con velo tupido, velado el cuerpo con transparente cendal, sumida en el sueño magnético que llamé a mi socorro contra mi ofendido pudor, estaba yo tendida sobre el lecho de Apolo y servía de tema al doctor Graham para sus demostraciones *megalanthropogenesiacas*.

XXIII

Hay que vivir en Londres, en aquel ambiente donde flotan en revuelta confusión el pudor ficticio y el impudor real, para comprender el entusiasmo que despertó aquella exhibición humana a la cual la policía, que en todos los países del mundo civilizado habría intervenido, no oponía ningún obstáculo.

No obstante haberse fijado el precio de entrada en una libra esterlina, el público se agolpaba a la puerta y libraba verdaderas batallas por entrar en el salón, que cada noche se llenaba de bote en bote, donde el doctor Graham celebraba sus sesiones.

Apenas la estancia quedaba desalojada el doctor me despertaba, me vestía, cenábamos juntos, y cada uno se retiraba a su habitación.

Cúmpleme manifestar que nunca durante los dos o tres meses que viví a su lado, me dirigió el doctor una sola palabra que no fuese de simpatía y de respeto.

He jurado a Dios no ocultar nada, hacer penetrar al lector en los más recónditos secretos, no diré del corazón de la mujer, sino de una mujer. El propio Rousseau, en sus *Confesiones*, ha

descrito, no a los hombres, sino al hombre; y sus *Confesiones*, a pesar de la peregrina tesis que sostienen, son consideradas un buen libro. Bien quisiera yo escribir uno que fuese cuando menos émulo del de Rousseau.

Voy a hacer una confidencia.

Todas las noches, en ocasión de estar cenando, el doctor, sin duda para que no me asaltase la idea de interrumpir el curso de sus lucrativas sesiones, me contaba los unánimes elogios de que era yo objeto por parte del público durante el sueño en que estaba sumida. Resultó que a fuerza de repetirme que Venus no provocaba, entre los dioses del Olimpo, una admiración más grande que la que yo inspiraba a los míseros mortales, se apoderó de mí el deseo de oír con mis propios oídos aquel seductor coro de alabanzas; deseo que, como todos los míos, adquirió prontamente caracteres irresistibles, y, como quiera que era fácil de satisfacer, hasta prescindiendo del concurso del doctor, resolví llevarlo a cabo.

En su virtud, el tercero o cuarto día, no bien iniciada la sesión, me fingí dormida, y, con los ojos cerrados, pero aguzadas las orejas, tapado el rostro con el pañuelo de batista que le ocultaba a las miradas, me dispuse a escuchar los calurosos elogios tributados a mi belleza por los admiradores de la forma.

Graham no había exagerado: nunca, ante la diosa de Gnide y de Paphos, se elevó más perfumado el incienso de la admiración, como en torno mío. Habríase dicho que cada uno de los espectadores que rodeaban el estrado adivinaban la ficción de mi sueño, y que sabiendo que sus palabras eran escuchadas, exageraban los elogios en la esperanza de que serían recompensados.

Apuré hasta las heces el vaso que contenía la ponzoña.

A partir de aquel momento formé el propósito de permanecer despierta. La remuneración en alabanzas superaba a la remuneración en dinero.

Con respecto al doctor, eran tan cuantiosos sus ingresos, que, sin pedirlo yo, dobló el precio de mis sesio-

nes: cada noche me entregaba cincuenta libras en vez de veinticinco.

Transcurrieron cinco o seis días en esa especie de embriaguez compañera del éxito. Pero, en medio de aquel halagador concierto, una palabra, penetrante como la punta de una espada, legó a mi corazón y me hizo estremecer.

—¡Lástima—decía uno de los concurrentes,—que una cara quizás desagradable no complete esta obra perfecta de la forma!

—¿Qué razón hay para creer que esta magnífica estatua tenga un rostro indigno de su cuerpo?—preguntó otro. —Graham asegura, al contrario, que la cara es de una belleza incomparable.

—Si así fuese—replicó el primero,—¿la ocultaría con tanto cuidado?

Su interlocutor hubo de encontrar justa la reflexión, por cuanto no insistió.

En los dos siguientes días se hicieron otros comentarios por el estilo, lo cual lastimaba horriblemente mi amor propio. El doctor Graham comprendió fácilmente, viendo mi mal talante, que algo me traía preocupada. Me interrogó con su habitual cortesía; pero yo me resistí a darle explicaciones.

Relacionados con mi semblante, corrieron por Londres los más encontrados rumores. Nadie quería dar crédito a la causa natural, al motivo lógico. Unos presumían saber de buena tinta que las viruelas me habían desfigurado; otros, que una extensa quemadura surcaba una de mis mejillas. Oyendo tales despropósitos, el frenesí devoraba mi corazón.

Ansiaba que llegase el día en que la cantidad reunida por mí fuese lo bastante crecida que me dispensase de continuar aquella exhibición, a cuyo lado vergonzoso ya me había acostumbrado, pero no así en lo que tenía de dubitativa.

En fin, un día que ante mí se había empeñado una discusión de esa índole, no pude contenerme: un movimiento hizo caer el pañuelo de batista que me cubría la cara, y mi cabeza quedó al descubierto, entornando los

ojos, pero dibujándose en mis labios una expresión de desaffo.

Un prolongado murmullo de admisión repercutió en la estancia. Por un momento, creí que los concurrentes, en su entusiasmo, iban a romper la balaustrada. El doctor Graham se vió obligado a interponerse entre ellos y yo. Ese incidente, que parecía hijo del azar, atrajo más público a las sesiones del doctor. La misma noche, corría de boca en boca la noticia de que la belleza de mi cara competía con la de mis formas; al otro día, todos los diarios hablaban de mí.

Cándido como los demás, el doctor Graham creyó fortuita la caída del velo; pero ese accidente había sido para él de resultados tan eficaces, que hubo de suplicarme que en adelante accediese a que la exposición tuviera lugar con la cara descubierta. Cedió a los ruegos del doctor, aunque, en el fondo, cedía a mi coquetería.

Mi éxito creció. Los ingresos metálicos del doctor aumentaron considerablemente. Al cabo de un mes, había realizado una suma de treinta mil libras esterlinas.

Cierta noche, una voz cuyo timbre no me era desconocido, me estremeció.

—¡Es ella!—oí que murmuraba.

Y poco después, añadió:

—Es más hermosa aún de lo que sospechaba.

No me atreví a abrir los ojos, porque habrían comprendido que oía lo que se hablaba. El último baluarte tras el cual se refugiaba mi pudor, era el cendal de mis párpados caídos.

Estaba delante de mí, sin ningún género de duda, alguna persona que me conocía, alguien con quien debía haberme encontrado en el curso de mi vida; pero, por más que evocaba todos mis recuerdos, el timbre de aquella voz no me recordaba a nadie que hubiese visto en el tiempo de mis relaciones con lord Featherston o con sir Juan ni aun en días posteriores.

Tenía que remontarme a períodos más lejanos, a recuerdos anteriores a mi llegada a Londres.

Considero obvio advertir que era una voz de hombre.

Llegada la hora de cerrar, un solo espectador quedó rezagado; en su voz reconoció al hombre cuyo nombre quería vanamente recordar.

—Mi querido Graham—decía,—es absolutamente necesario que obtenga usted de miss Emma Lyon el favor que solicito.

—En primer lugar, la persona de quien pretende usted este favor, no se llama Emma Lyon; se llama miss Hearte.

—Es posible que se llame miss Hearte para usted, querido doctor; pero yo la conozco por Emma Lyon. En todo caso, presénteme a ella, y espero que no me habrá olvidado completamente.

—¿Esta noche? ¡Imposible!

—No digo que sea esta noche, sino mañana.

—Sea, mañana.

—Entendidos.

—Salvo que ella no se oponga.

—En tal caso, ya comprenderá usted que nada tendré que objetar; abrigo la confianza de que no opondrá ningún inconveniente. Adiós, mi querido Graham.

—Adiós, mi querido Rowmney.

¡Rowmney! ¡Era Rowmney!

El doctor le acompañó hasta la puerta, y cuando volvió a mi lado, ya me había vestido. Yo no podía iniciar la conversación sobre Rowmney, porque ello equivalía a denunciar que mi sueño era simulado, puesto que estaba enterada de lo que ellos habían conversado.

En ocasión de estar cenando, el doctor abordó el asunto, y me preguntó si conocía a un pintor llamado Rowmney.

Afectando un aire de indiferencia, respondí que tres o cuatro años antes, a orillas del Dee, había encontrado, en efecto, a un pintor de dicho nombre, que había trazado el bosquejo de mi cara, y ofrecíame cinco guineas cada vez que accediese a servirle de modelo.

—¿Le desagradaría volver a verle?

—me preguntó el doctor.—Esta noche figuraba entre los concurrentes a la sesión; la ha reconocido a usted, y manifiesta vivos deseos de ser presentado. El retrato de usted, hecho por Rowm-

ney, es el puente que conduce a la posteridad.

Contesté que le vería con gusto, pero que, teniendo que pedirle reserva sobre determinadas circunstancias de mi pasado, deseaba recibirle en mi gabinete y sin testigos.

Graham se inclinó.

—Sabe usted—me dijo,—que es usted dueña absoluta de sus actos y de su persona. Prométame tan sólo, cualquiera que sea la autoridad que sobre usted pueda ejercer Rowmney, que continuaremos nuestras sesiones durante otros dos meses. En dos meses, yo realizaré una fortuna y tendré la satisfacción de ponerla a usted en condiciones de hacer frente, por mucho tiempo, a sus necesidades.

Mi contestación, como muestra de asentimiento, consistió en un apretón de manos que le di.

El doctor Graham se había portado demasiado lealmente conmigo, para que yo le rehusase esta prueba de gratitud.

Al otro día, estando almorzando en compañía del doctor, encontré debajo de mi servilleta unos pendientes de brillantes valuados en mil libras esterlinas.

Disponíame, ya en mi aposento, a probarlos, cuando oí llamar a la puerta con cinco o seis golpes vigorosos y consecutivos, lo cual, en Londres, anunciaba una visita aristocrática.

Sospeché en el acto que el visitante no era otro más que Rowmney; y, en efecto, a los cinco minutos la puerta se abrió y vi entrar a mi antiguo conocido del golfo de Dee.

XXIV

Comprendí que, delante de Rowmney, solo procedía afectar mucha desenvoltura en el modo de conducirme. Adoptar un aire de reserva, después de lo que él había visto el día anterior, ha-

bría sido una tontería. Así que, cuando le vi entrar, me levanté y fui a tenderle la mano, sonriéndole como sé sonríe a un antiguo conocido, y dándole al propio tiempo la bienvenida.

—A fe mía, querida Emma—me dijo,—que me está usted reservando toda suerte de sorpresas. Tres veces la he visto a usted; las dos primeras, pensé que no era ya posible más grande hermosura. Me engañaba. Por lo visto, estoy destinado a engañarme una tercera vez.

—¿Es un amante que se declara?—le respondí.—En este caso, póngase usted a mis plantas. ¿Es simplemente un amigo el que habla? Entonces, siéntese usted a mi lado.

—Puesto que usted lo toma de este modo, permítame que le diga que no deseo pasar a la categoría de amigo, hasta no haber perdido la esperanza de alcanzar una posición más brillante aún que la actual. Míreme a sus pies, Emma, y aseguro que es usted, en verdad, la más deslumbradora belleza que he visto en la tierra, y que en mi vida sólo habrá un día más feliz que este en que le digo: *Emma, déjeme usted amarla*, y será aquel en que usted me diga: *Rowmney, yo le amo*.

—Ameme usted, no me opongo, mi querido Rowmney, pero acérquese y hablemos, porque es preciso que yo sepa de sus propios labios si me considero todavía digna de que le ame, después que le haya contado todo lo que por mí ha pasado desde la última vez que nos vimos.

—¡Bravo!—dijo,—tenemos ahora que no solamente es usted hermosa, sino también discreta y espiritual. ¿Quiere usted, por lo visto, enloquecerme?

—Veo que sólo tendré que llenar la mitad de la tarea; miss Arabela se habrá encargado ya de la otra mitad.

—¿Se vió usted con ella?

—Ya le he dicho que tengo que hacerle una verdadera confesión. Escúcheme.

Y entonces, entre seria y compungida, pero siempre coqueta, porque quería gustarle, expliqué a Rowmney todo lo que me había acaecido desde

el día en que le vi por primera vez; le dije que había venido a Londres con la esperanza de volver a verle; que, no habiéndole encontrado, me había ido a casa del señor Hawarden. Luego le conté la extraordinaria sucesión de acontecimientos de mi existencia, no explicándome cómo no le había encontrado una sola vez entre la legión de artistas que había tenido ocasión de ver durante los catorce o quince meses que pasé con sir Juan y con lord Featherston.

Por su parte, Rowmney había oído hablar mucho de mí, sin sospechar que era yo el objeto de aquellos comentarios. Mis escenas de Ofelia y de Romeo, habían repercutido en el mundo artístico, y deseaba verme; pero, consagrada su vida por entero al arte y a los placeres, no pudo satisfacer tales deseos, debido a lo cual no habíamos tenido oportunidad de encontrarnos.

—Ahora—añadió Rowmney,—es usted demasiado rica para que yo le proponga la remuneración de cinco guineas por sesión, y, en cambio, es usted la que puede hacerme una limosna. ¿Es usted libre de su corazón y de su persona?

—Libre como el aire.

—¿Y el doctor Graham?

—Es mi guía y protector, y nada más. Sólo existe un compromiso moral. El me libró de la miseria, más aún, del oprobio, y yo, en compensación, estoy obligada a labrarle una fortuna.

—Bien—replicó Rowmney,—todo se puede arreglar. Usted labrará la fortuna de Graham y mi reputación. Después, en sus ratos predispuestos a las filantrópicas concesiones, verá usted si no le sería posible, al mismo tiempo, hacerme feliz, con lo cual pocas existencias habría mejor empleadas que la suya.

Convinimos en que, a partir del día siguiente, iría yo a Cadevish square a pasar una hora en el taller de Rowmney, donde esbozaría una serie de estudios, tomándome por modelo.

Nos separamos como dos afectuosos amigos a quienes no falta más que un paso para convertirse en amantes.

Hacia mucho tiempo que mi pobre

corazón estaba completamente inactivo; siempre me había inspirado Rowmney una viva simpatía; conforme le había dicho, encontrábame libre de todo compromiso. Aunque su edad era de unos cuarenta y cinco años, Rowmney poseía la triple juventud de la fuerza, de la elegancia y de la fama. Constituí todo lo que podía ambicionar una mujer con más títulos que yo a ser exigente. Por un instante, pude creer que ya le amaba, o más bien, que le amaría.

Al otro día, a la hora convenida, fui a su casa. Me esperaba con todos esos pequeños preparativos que se hacen para recibir a la mujer deseada: flores, perfumes, muelles alfombras; sobre una especie de estrado parecido al que ocupaba en casa del doctor Graham, extendíase una magnífica piel de tigre.

Desde el momento en que había yo ido a su casa, no solamente por acto voluntario mío, sino también movida de un íntimo deseo, habría sido ridículo rehusarle lo que de mí esperaba.

El mismo día, y en menos de dos horas, trazó un delicado bosquejo de mi persona. Tenemos pocos pintores en Inglaterra; pero casi todos son admirables coloristas. Entre ellos, Rowmney ocupa el primer puesto.

Al volver a casa, encontré al pobre doctor Graham un tanto alarmado. Desde que me había sacado de la de Haymarket para llevarme a la suya, era la primera vez que yo salía.

Le tranquilicé respecto de lo que principalmente le interesaba, esto es, referente a la certidumbre que le daba de mantener la palabra empeñada. Le enteré de lo que ya sabía, puesto que Rowmney se lo había dicho antes que yo. Le dije que conocía al célebre artista de mucho tiempo atrás, y no le oculté los vínculos amorosos que había recientemente contraído con él. Así las cosas, se deslizaron tres meses, concediendo al doctor Graham uno más de lo que él me había pedido. En este tiempo, Rowmney llevó a cabo una completa serie de estudios basados en mí: terminó una Eugona empezada, hizo una Venus, una Calipso, una Elena, una Judit y una Rebeca.

A mediados del cuarto mes el doctor anunció el final de su curso. Había ganado casi cien mil libras esterlinas. Las últimas sesiones provocaron un frenesí; el público se apretujaba, se ahogaba.

También yo había ganado alguna cosa, unas ocho o diez mil libras esterlinas. Graham me ofreció la mitad de los beneficios si quería continuar. Rehusé la oferta. Estaba cansada de aquella vida de exhibición, y tenía necesidad de recobrar la mía de placeres. Nunca había poseído tanto dinero, y me imaginaba que no llegaría nunca al fondo de mi caudal.

Rowmney me brindó su casa. Acepté el ofrecimiento, y fui a vivir en ella.

Pasamos así tres meses en la más perfecta armonía. Rowmney recibía en su morada a toda la juventud elegante de Londres. Entre sus más asiduos contertulios figuraba lord Greenville, de quien se decía que era descendiente de la nobiliaria casa de Warwick, el mismo a quien sir Harry Featherston había ganado dos mil libras en las carreras de Epsom.

Entre las generales lisonjas que se me tributaban, las de lord Greenville eran las más constantes, y, cumple también declarar, que las más respetuosas.

Admirador apasionado de la forma, Rowmney me había reproducido en todas las actitudes clásicas.

Lord Greenville se pasaba horas enteras contemplando aquellas pinturas.

Durante uno o dos meses, su amor no se manifestó más que por medio de su admiración de las copias y por sus plácemes al original, cuando yo reproducía alguna actitud histórica o cuando declamaba algún fragmento de Shakespeare.

Una tarde que yo había recitado el monólogo de Julieta cuando va a tomar el narcótico, se acercó a mí, y, aprovechando un instante en que no podíamos ser vistos ni oídos:

—¡Es preciso que sea usted mía— me dijo,—o de lo contrario me volveré loco!

Yo le miré con la sonrisa en los labios.

—Juro por mi honor—añadió,—que hablo formalmente.

—¿Palabra de caballero?

—Sí.

—Entonces, venga usted cuando esté sola, y hablaremos de eso—le contesté.

—¿A qué hora podré venir, para encontrarla sola?

—Esto no me atañe; es usted el que debe acechar la salida de Rowmney, y aprovechar la ocasión.

—Está bien—dijo;—no pido más.

Dos días después vile entrar, a poco de haber salido Rowmney.

—Heme aquí—dijo con emocionado acento, y postrándose a mis pies.

—No es de rodillas, milord, como podrá usted hablar de un asunto tan importante como el que vamos a resolver; es a mi lado. Siéntese usted, pues, y hablemos.

Lord Greenville me miró asombrado.

—¡Oh!—exclamó,—creía, miss Emma, que iba a ser recibido con menos frialdad.

—¿Por qué había yo de recibirle de otro modo?—le respondí.—Amo a Rowmney, no a usted, a lo menos en la acepción que usted quisiera que yo diese a la palabra amor.

—¿Y no me amaré usted nunca?

—No es eso lo que digo, milord. El amor se compone de dos elementos, o, para expresar mi pensamiento con más precisión, diré que hay dos clases de amor: el amor que se apodera de los sentidos de una mujer desde el primer instante y que es el choque de la centella; y el amor que invade poco a poco su corazón y es el resultado de un contacto suave y de un proceder correcto y bondadoso. Aunque muy joven todavía, he sentido ya, milord, esas dos naturalezas de amor; y el hombre que ha sido amado por mí de esta segunda manera, no es por cierto el que más pueda quejarse del lote que le cupo en suerte. Si yo pudiese amarle a usted de otro modo, no habría más que hablar, y dejaría en el acto a Rowmney por usted; porque el deseo de la mujer por otro hombre, supone ya una infidelidad. Pero usted es varonilmente guapo, rico, de ilustre abo-

lengo, y puedo amarle, no como he amado a sir Harry Featherston, pero sí como he amado a sir Juan y a Rowmney.

—Yo creía—observó sir Carlos Greenville,—que hay un proverbio francés que dice: *De un mal deudor, es preciso sacar lo que se pueda* (1). Me someto a este proverbio.

—Con la sola diferencia, sir Carlos—repuse,—que un *deudor debe*, y yo *no debo nada*.

—Tiene usted mucha imaginación, miss Emma, y siempre he oído decir, por desgracia, que demasiada vivacidad es en perjuicio del corazón.

—No sé si tengo agudeza de ingenio, ya que nadie me lo había dicho hasta ahora, pero sé que tengo un corazón, porque, desgraciadamente, ese corazón ha hablado. Siempre me he visto, pues, en el caso de tener que desconfiar de mi corazón más que de mi inteligencia. Permítame usted que, por esta vez, sea el cerebro, y no el sentimiento, el encargado de resolver mis asuntos.

—Escucho, miss Emma, pero crea usted que, oyéndola, me estremezco.

—Aun llega usted a tiempo. Haga lo que Ulises: apártese usted del promontorio de Circe, gritando a su piloto *¡lejos de aquí!*, o, de lo contrario, tápese los oídos.

—Prefiero oír su voz y correr el albur de ser transformado en bestia. Además, ya ve usted que la metamorfosis queda ya verificada a medias, puesto que la escucho, aún después de lo que acaba de decirme.

—¡Bravo! También usted es hombre de ingenio agudo. Veo que nos entenderemos. Escúcheme, por lo tanto, hasta el fin.

—Escucho.

—Voy a cumplir veinte años; nací en un pueblecillo; he vencido los instantos de mi nacimiento; no he recibido ninguna educación; pero, a fuerza de aplicación, de lectura, y secundada por mi feliz memoria, he logrado por vía autodidáctica lo que no pudie-

(1) Este proverbio tiene su equivalente en el español que dice: *del lobo, un pelo*.